
Por qué Cristóbal Colón pasó a España

CRITICA DE LOS ACONTECIMIENTOS QUE PRECEDIERON AL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

Cristóbal Colón pasó a España hacia al año de 1472 para no volver ya a su patria, sencillamente porque Andalucía y Sevilla fueron por entonces una suerte de *ensanche* marítimo y mercantil del genovesado y de Génova; sin que tuviesen que ver con su determinación proyectos de descubrimientos de nuevas tierras, que no tuvieron por qué haberse formado en su mente en aquella temprana época de su vida de marino.

La *idea* que dió por resultado el descubrimiento del Nuevo Mundo brotó, años más tarde, en tierras de Portugal, las Azores, o España; en cualquier parte menos en Génova.

Yendo a España, el futuro descubridor recorrió sin mayor preocupación *sin que su «sino» hubiese cobrado alas*, como alguna vez se expresó Castelar — un camino que antes que él habían recorrido centenares de maestros de galeotas, cocas, fustas y jabeques genoveses, y que otros centenares recorrerían en lo sucesivo, atentos únicamente a las contingencias de su negocio de gente de mar.

Queremos decir que Cristóbal Colón, hombre de mar, fué a España, sin mayor pretensión *inmediata* que mandar una

que otra nave mercante perteneciente a gente de su nación establecida en Sevilla.

Al llevar a cabo aquella determinación, el futuro descubridor recorrió de hecho un camino *trillado* de genoveses, toscanos, romanos y lombardos—gente de espada, de hábito talar y de negocios—desde los días en que don Pelayo inició la reconquista del territorio español.

A mediados del siglo XV España intentaba su último esfuerzo para arrojar a los sarracenos de esa próspera y florida Andalucía, cuya pérdida continúan lamentando los poetas de Islám, en Marruecos, Túnez y Constantinopla, en sus estrofas sonoras y quejumbrosas.

De las diferentes provincias del mundo musulmán enviábanse a prisa, en flotas tunecinas y marroquíes, refuerzos de toda índole a Granada, Ronda y Almería, estrechadas por las huestes cristianas, a tiempo que de las naciones occidentales puestas en contacto con el Mediterráneo se hacía igual cosa en favor de los sitiadores, utilizando para el caso naves genovesas y pisanas.

De los caballeros franceses, italianos e ingleses que participaron en aquella suprema cruzada de la cristiandad, los que no perdieron en ella la vida, acabaron por establecerse en el país y mezclar su sangre dentro del círculo de las familias del señorío local.

De heroicos aventureros de esta categoría, las historias españolas recuerdan a un conde Anglo, o Angulo, o *inglés*, deudo de los condes de Normandía, a un Mossén Claquit, deudo de Carlos Martel, el que derrotó a los moros en la batalla de Poitiers y los arrojó del Mediodía de Francia, a un Jauffré, *Joffre*, o Jofré de Loayza, a un conde Pecci, natural de Sena en Toscana, que antójasenos antepasado de la santidad de León XIII, a un Acciaiuoli, gentil-hombre florentino, que pobló en la isla de Madera por los reyes de Portugal, a un Martelli, caballero florentino, que pobló en Alcaraz, a un Bóttolo, milanés, a un Gabriel Condemari,

veneciano, a un Raimundo de Tarsis, de la casa condal de los Tarsis de Bérgamo.

La repercusión que los sucesos de España que acabamos de rememorar tuvieron en la riqueza pública y privada de las ciudades italianas bañadas por el Mediterráneo, no ha sido comprendida por los escritores italianos, quienes demuestran en más de una de sus narraciones, no conocer a fondo la historia de España, como si entre ésta e Italia existiese una distancia geográfica y racial mucho mayor de la que en realidad existe.

Al explicar la opulencia de Génova, ciudad de mármoles y palacios, sus historiadores se atienen de buena fé « *ai traffici col lontano oriente* », o sea a las relaciones comerciales de su ciudad natal con las plazas de Turquía y el Asia Menor, plazas sobradamente alambicadas; según nosotros, para dar de sí semejantes resultados, dominadas cual estuvieron por el elemento comercial local, compuesto de sirianos, griegos, coptos y judíos, más listos, si cabe, que la gente genovesa.

Dos series de acontecimientos históricos, según nuestro modo de pensar, favorecieron el enriquecimiento de Génova: las Cruzadas, que prácticamente echaron sobre los muelles de su puerto a media Europa central en demanda de pasaje para los puertos de Siria, y la reconquista española.

En ambas ocasiones estuvo en condición de medrar el dueño de naves en qué poner a buen recaudo las riquezas conquistadas a sangre y fuego por el hombre de guerra en el saco de las maravillosas ciudades árabes, rescatadas a vil precio por el mercader.

De aquella época verdaderamente trágica es el término árabe-español «barato», padre de baratura, baratear, mal de la historia de España, baratear, baratero, baratería y baratillo.

El *barato* español no es el *bon marché* francés, ni el *buon prezzo* italiano, ni el *cheap* inglés.

Comprar de *barato* significó comprar por menos de su justo valor, pongamos por caso, el botín conquistado en una plaza tomada por asalto.

Nada decimos de lo que ocurrió en Andalucía en los tiempos posteriores a Colón, cuando las minas de México y el Perú comenzaron a vaciar sus riquezas en las cajas de la *Casa de Contratación* de Sevilla, único puerto español habilitado para comerciar con estas Indias, y, por otra parte, término de la navegación de los genoveses ya mentados.

Más aprovecharon a la postre, de aquellas ingentes riquezas, por manos de sus factores, banqueros, mercaderes y artífices de toda categoría las ciudades italianas, y en especial Génova, que España y sus vetustas ciudades, sobre las que parece continuar flotando una atmósfera de pobreza vergonzante que oprime el espíritu de quien las vé.

Los reyes de España—es cosa sabida—estuvieron siempre apurados de dinero, y España con todo el oro del rescate de Atahualpa y la plata de Potosí, no alcanzó a remozar a sus ciudades *étranges et surannées*, a tiempo que Génova, Pisa, Florencia y Venecia, henchidas de bienanzada, máximamente ganada en Andalucía, se cubrían de palacios suntuosos, cuyas salas decoraron Cambiaso, Vasari, Tiépolo y el Veronese.

Cuando Colón partió a España—puede que en las carabelas de los Cúneo de Saona, de quienes fué particular amigo y de los que Miguel lo acompañó en su segundo viaje al Nuevo Mundo, al mando de una nave propia, con la que reconoció el sur de la isla Fernandina o de Cuba, y descubrió la isla que lleva el nombre de su mencionada ciudad natal—existía en Sevilla una *calle de Genoveses* en el centro de un barrio habitado por súbditos del común de Génova, provisto de iglesia, lonja y consulado propios, favorecido por una serie de privilegios concedidos por los reyes españoles, comenzando por don Alfonso el Santo.

Cuando veinte años después, alcabo de una sucesión de viajes a las Canarias, costa de Africa, Inglaterra, Portugal y las Azores, uno de cuyos incidentes fué el conocimiento de los papeles de su futuro suegro Bartolomé de Perestrello, confidente que había sido del piloto portugués llegado en derrota a aquellas islas con el convencimiento de haber divisado el perfil de nuevas tierras durante una tempestad que le arrebatara muchas millas hacia Occidente, se apoderó de su cerebro la idea que le deparó la inmortalidad, la amistad de sus compatriotas del barrio comercial no pudo serle de mayor provecho, pues, para dar vida, a aquella idea, era menester realizar una hazaña imposible de llevarse a efecto sin la venia y protección de la realeza.

De consiguiente, convínole acudir a más altos empeños, queremos decir al apoyo moral de la nobleza genovesa establecida desde siglos atrás en Andalucía y relacionada con los más altos linajes españoles, entre los cuales los reyes solían elegir a sus más allegados consejeros.

Aquella nobleza hispano-italica fué mucho más numerosa e importante de lo que se podría creer.

Sus fundadores habían intervenido por España, en el año de 1147, en la conquista de Menorca, en el de 1147 en la de Almería, que fué donde sus capitanes hallaron el vaso de esmeralda o *santo grial*, que se venera en la catedral de Génova, vaso que, según una piadosa tradición, usó Jesús en la última cena, y en el que José de Arimatea recogió un tanto de su preciosa sangre, con todo lo que los historiadores genoveses lo den por conquistado por Guillermo Embriaco en la toma de Cesárea.

En la conquista de Sevilla, si hemos de extendernos sobre este tema heroico y pintoresco, se hallaron un Micer Humberto Manfredi, sobrino del Papa Inocencio IV, perteneciente a la poderosa casa de los Fieschi condes de Lavaña, y un Micer Ciro Gallardo, de igual manera genovés.

En la de Tarifa, Micer Benedicto Zacarías sirvió al rey don Sancho el Bravo, en calidad de almirante de Castilla y recibió en premio de sus servicios la villa de Santa María del Puerto, cuyo título tomaron sus sucesores los condes de Santa María, que más tarde poblaron en Jerez de la Frontera.

Micer Manuel Pisano fué almirante de los reyes de Portugal.

Agreguense a tan hermosa compañía los siguientes:

Los Adorno, vecinos de Sevilla.

Los Salucio, vecinos de Jerez.

Los Lecca, descendientes de los emperadores de Constantinopla, vecinos de Sevilla.

Los Tenorio, oriundos corsos, vecinos de Sevilla, de los que salió el «burlador», inmortalizado por Zorrilla.

Los Seminario, de igual manera oriundos corsos, rama de los príncipes Colonna romanos.

Los Catano o Cattáneo, vecinos de Sevilla.

Los Doria, vecinos de Cartagena.

Los Centurión marqueses españoles de Estepa, vecinos de Sevilla.

Los Demarinis, vecinos de Córdoba.

Los Mario, vecinos de Sevilla.

Los Salvago, vecinos de Sevilla.

Los Negrón, vecinos de Granada.

Los Pinelo, vecinos de Sevilla.

Los Espíndola, o Spínola, vecinos de Sevilla.

Los Pallavicini, vecinos de Sevilla.

Los Rospigliosi, vecinos de Madrid.

Los Durazzo, vecinos de Ganeralife.

Con tan poderoso *reclamo*, puesto a cortos días de navegación de los puertos de Génova y Savona ¿cómo había de resignarse Colón a envejecerse en su tierra natal, de vida tasada y mediocre, y no ir, por el contrario, sobre un camino trillado por los de su nación, hacia una tierra de promisión, llamada a premiar sus merecimientos más allá de sus más caras ambiciones?...

A donde otros fueron y triunfaron, él fué con no menos ánimo, ni con no menos bríos.

...¡Dios diría!...

Esta fué, según nuestro entender, la razón determinante, o si se quiere, la *filosofía* de la ida de Colón a España, por los años de 1472, siendo de veintiseis años de edad.

Lima, MCMXIX.

R. CÚNEO-VIDAL.

